

de la hija, tuviese el aquel rabioso pecho en algo consolado con lo hecho en la criatura, ya que no pudo en el Criador, como el perro que, no pudiendo morder al hombre, muerde á la piedra que le tiran, como si en eso aplacara algo de su dolor.

No temen los rayos; si hay tempestades con muchos truenos, dan gritos y también sale alguno de carrera de su rancho, y como que está cólerico, hacia la parte donde está la nube, le tiran (sic) piedras, palos y tizones; y haciendo visajes, y vuelve á su rancho como si hubiera hecho alguna hazaña de consideración, más confiado de que con aquello había de sosegar la tempestad; que así iba el caudillo del pueblo escogido cuando hirió á la peña para que saliera el agua, pareciendo imposible, y más que el profeta Elías cuando, habiendo visto la nubecita del tamaño del hombre, como delante de la carroza del rey, dándole prisa, porque no le cogiera el agua en el camino.

CAPITULO XII

DE LOS CASAMIENTOS.—POCO EMPACHO Y VERGÜENZA QUE TIENEN.

Natural ha sido siempre, desde que se celebró el primero en el deleitoso jardín, el matrimonio, medio con que se multiplicó el mundo dos veces. Si bien al principio fué cada varón con una hembra, vemos también que muchos hombres justos, como Abraham, David y Salomón, tuvieron muchedumbre, y el postrero, como lo dice el tercero de los Reyes, ¹ llegó á tanto exceso, que tuvo se-

¹ Rey, 11.

tecientas legítimas, trescientas concubinas. Hase extendido tanto, que todas las naciones del mundo lo han continuado hasta el tiempo presente, y no ha(n) faltado naciones que las hayan tenido (á las mujeres) comunes á todos, de que están las historias llenas. En las Indias, generalmente se ha usado, y los señores más que los plebeyos, conforme la posibilidad (que) cada uno tenía.

En esta gente de este Reino, con verdad ni se puede afirmar si son las mujeres de un varón solo ó si son comunes á todos, porque cuando está algún indio con su mujer, á pocos días tiene otro marido, y él otra, y otras mujeres, que usan las que quieren, y esta mudanza es en la propia ranchería; y son tan fáciles en esto, que sin causa eligen el marido que quieren, y así hay, en una ranchería, india que tiene cuatro ó cinco hijos y cada uno de su padre, y todos presentes, y andan ellas de uno en otro, como los muchachos dicen: salta tú y dámela tú; y teniendo tres ó cuatro mujeres, duerme el indio en medio de ellas, que entre ellas no hay celo, antes mucha conformidad; sin empacho ni vergüenza, duermen asimismo los hijos y otros hombres en el ranchillo, que están todos acurr(uc)ados, cual suele el ganado ovejuno, el estío, debajo de algún árbol; en cuya presencia, eso sea de día que de noche, tienen sus actos carnales y otros, que es vergüenza decirlos, perdiéndola de todo punto, más que los brutos, pues se lee en las historias antiguas y modernas la castidad que el elefante guarda, pues tales actos excusa le vean hacerlos otros, escondiéndose en lo más oculto de los montes, ejemplo con que la Divina Justicia ha de confundir á este barbarismo por haber perdido, con la razón, el distinto que los animales conservan, sin tenerla.

En (sic por el) casamiento entre ellos, es confor-

(instinto)

midad de la parte ó gusto de los padres de ella, á quien por un venado ó cuero que el pretendiente le da, compra (á) la hija, que no repugna, y porque, como todos son de una ranchería y no hay vergüenza, es fácil. Hácese sin ceremonia, que no la tienen; dura el tiempo que el amor entre ellos, y si es grande y ella diese alguna causa, la desecha él ó repudía, y en lugar del libelo que Dios mandaba en el Deuteronomio,¹ como gente que carecía de letras, le quita los cueros y el heno que traen las partes vergonzosas, y con violencia la echa de sí; ya esta tal jamás vuelve, aunque reciba otras muchas.

Desde que la india se siente preñada hasta que ha parido y purgado, no llegan á ella; no saben decir, y se lo he preguntado á muchos de ellos, qué sea la causa, más de que es costumbre; y lo mismo, cada vez que está con su regla, acude á lo que Dios mandaba en el Levítico,² que no llegara el varón á la mujer que estuviera con su métrico (sic por menstruo).

No guardan grado de afinidad; de consaguinidad, muy pocos: suelen tener un indio, hija y madre á un tiempo, y dos ó tres hermanas, y otras parientas muy cercanas, sin escrúpulo ni novedad, y asimismo á las que sus hermanos han tenido, corriendo la misma razón por ellas que por ellos. El origen en ellos no lo sé; puédesse entender sea tradición antigua, originada de las partes de Asia, de donde es presunción vinieron; pues dice el sagrado texto³ que Jacob casó con Lía y la hermosa Raquel, hermanas ellas y primas suyas de él, á un tiempo; y los hijos del patriarca Judas (sic por Judá), Her y Honías (sic por Orían), muer-to el uno, casó el otro con la hermosa Thamar;⁴

1 Deuteronomio, 24.

2 Levítico, 18.

3 Génesis, 29.

4 Génesis, 33.

y en el Levítico no prohíbe Dios á su pueblo, si no es el primer grado, como son hermanos con hermanas, mas primos hermanos se casaban;¹ y en la edad primera refiere Josepho que Caín casó con su hermana Calneana;² y Virgilio, en el primero de sus Eneidas, refiere haberse casado Júpiter con su hermana Juno;³ y Ovidio cuenta en sus Metamorfosis,⁴ y lo refiere el Br. Juan Pérez de Moya en el libro segundo de su Filosofía Secreta, que Eolo, dios de los vientos, tuvo seis hijos y seis hijas y los casó á los unos con los otros:⁵ Fué corrompiendo eso, como San Matheo escribe que Herodes tetrarca casó con la mujer de su hermano Filipo, siendo él vivo, cuya reprehensión costó la vida al Presetor (sic por Precursor) Divino.⁶ Esta corrupción llegó á estos tiempos á estos bárbaros, de arte que no reservan grado ninguno.

Y á su lascivia y libertad no hay doncellas entre ellos que con el inestimable tesoro de la virginidad llegue á los diez años, sino que, cual puercos encenegados, desde que nacen se guran (sic) los unos con los otros, que, como les falta Dios, les falta el conocimiento de sus virtudes; por consiguiente, les sobra la malicia para en todos los males; de ahí vienen á estar casi todos los más dañados y podridos, castigando Dios sus desordenados apetitos con el mismo fruto de ellos, como castigaba á las adúlteras en los Números, pudriéndoseles las entrañas, los muslos y acancerándoseles (sic) con las aguas que el sacerdote le(s) daba á petición del marido.

Esta gente, como vive imperfectamente y no pueden pedir los adulterios, pues no guardan

1 Levítico, 18.

2 Josepho, 1, Antigüedades Judaicas.

3 Eneida, 1.^o

4 Ovidio, 6, Metamorfosis.

5 Moya, 1 2.^o, Filosofía.

6 Matheo, 14.

castidad, ni en cosa alguna son continentes, ha permitido Dios sean castigados con el mismo pecado en que están; sin rienda se deleitan, sirviéndoles á ellos y á ellas del agua maldita revuelta con tierra del templo, que Dios mandaba dar en el lugar citado, pudriéndoseles y cancerando(se) á ellos las entrañas por las partes donde le cometen, muriendo miserablemente, y á ellos los muslos, viviendo en perpetuos dolores, con los incordios ó potros tan continuos, que son pocos los que se escapan de tenerlos, corriendo siempre materia de aquellas partes, los más de los primeros años, que es cuando empiezan á seguir sus desordenados apetitos y vicios.

Y tienen tantos, que aun el nefando no perdono, siendo tan torpe, que con justa causa lo prohibió Dios, en el Levítico, con pena de muerte, como lo había asegurado en aquellas dos miserables ciudades de Sodoma y Gomorra, abrasándolas con fuego y azufre caído del cielo, hasta consumirlas y dejar, porque no quedara rastro de tan torpe gente, un lago en los dichos puestos. Entre estos ciegos hay algunos que, siendo varones, sirven de hembras contra naturaleza, y, para conocerse, andan en el propio traje de las indias, y cargando su *huacal*¹ y haciendo los propios ministerios que ellas, sin que por ello él se afrente, ni ellas lo menosprecien. Y no es mucho, si nacieron florentísimas, bárbaros(sic) consentían, enviando á sus hijos á los gimnasios á aprender letras, virtudes, que allí usasen el pecado nefando con ellos, por vía de sacrificio á sus falsos dioses; y en el segundo de los Macabeos se dice que Jaso, después que alcanzó el pontificado, consintió lo mismo, edifica(n)do junto al templo casa

¹ Del mexicano *uacalli*, especie de cesto en forma de caja cuadrangular.—G. G.

pública de moros para el vicio nefando, y escuela de ritos para los ídolos; y siendo esto así, no hay que espantar que en gente tan bárbara y licenciosa haya semejante vicio, pues el autor de ellos no se descuida en arraigarlos para más seguramente llevar sus almas á la cárcel del fuego, donde paguen sus desconciertos, de la cual nos libre Dios por su infinita bondad, juzgándonos conforme á su santísima misericordia.

CAPITULO XIII

DE LOS NACIMIENTOS, CRIANZAS Y MORTUORIOS DE ESTA GENTE.

De la propia forma que esta gente del Nuevo Reino de León es diferente de las demás del mundo, en todas sus acciones, lo es también en el parir, cosa que es cierto de admiración ver la dureza que, en este tan riguroso trance para otras, tienen las mujeres bárbaras de esta región; aunque estén con la barriga [como dicen] á la boca, no dejan de cargar el *huacal* lleno de sus comidas, ejercicio cotidiano, y leña para dormir de noche; y cuando les dan los dolores del parto, en la parte donde le dan, que suele ser una ó dos leguas de su ranchería, si hay algunas indias con ella, se hinca de rodillas, casi sentada, las nalgas en el suelo, reclinada un poco de pechos, y las compañeras le menean la barriga por los costados, y le aprietan por bajo de la boca del estómago, hasta que llega la hora, y, á cuatro pujos, echa la criatura por detrás, á modo de los perros; está un ratillo así soliviada para que caigan las pares,¹ y

¹ Antiguamente significaba placentas esta palabra.—G. G.

caídas, con las uñas cortan el ombligo por donde les parece y sin amarrarlo, como los animales; bañan (á) la criatura, si hay agua cerca, y si no, ensangrentada la cargan. Las pares las echan sobre un nopal, á las inclemencias del cielo, y ellas van luego con su carga, sin que haya servido el parto más de aquella pequeña dilación, y vuelven á la tarde á su ranchería con sus comidas; y si hay diez ríos que pasar, los pasa, y no deja de buscar, los demás días, de comer, cosa que da cierta admiración, cuando se observa en las demás mujeres de cualquiera nación que sean, que, no amarrándole el ombligo á las criaturas, fuertemente, se desangran y mueren, y las pares, si las ponen en alguna humedad ó las come algún perro, no sosiega la parida de dolores de barriga, mortales, que la ponen en extremo, hasta que, sahumadas muy bien, las queman. No ser lo uno ó lo otro, más que dar muchas gracias á Dios, que da á cada uno, como dicen, el frío conforme tiene la ropa. Al modo de esta gente, cuenta el P. Mariana, en la Historia General de España, que en la Provincia de Cantabria hacían lo mismo las mujeres, y, aún más ridículamente, pues el marido, luego que la mujer paría, se acostaba en la cama y recibía las visitas, ocho ó diez días; la mujer iba al campo á buscar la comida.¹

Cargan estas indias (á) los hijos en el pescuezo, colgados los pies, por los hombros, á los pechos; bájanlos y súbenlos de un bracillo, que es maravilla no desgoznárselos. La crianza que les hacen, que, como van creciendo, no diferencian más que en la edad los padres de los hijos, que en lo demás no se tienen respeto ni crianza; unos á otros se abofetean, retozan para darse algo el uno al otro, lo tiran, aunque sea de comer, ó hijo

¹ Mariana. Historia General, l. 3^o, c. 24.

mentaron
ignoran en

á padre; y si el padre está borracho, hacen los hijos más burla de él que los extraños, cosa antigua al mundo. Al principio de la segunda edad, Noé exprimió unos racimos de uvas, con cuyo zumo perdió el sentido; durmióse, descubriendo sus partes deshonestas; llegó Caín (sic por Cham), hijo suyo, que como le vido, mofando llamó á sus hermanos Sem y Japhet á que le riesen, los cuales, teniendo reverencia al padre, fueron, vueltas las espaldas, y le echaron la capa encima. Tales hijos son los que faltan en estas partes.

A los difuntos que no han de comer [que no es á todos], los entierran en el campo, y por guardar el cuerpo, de animales que no le desentierren, siembran la sepultura de nopales ó hacen un cercadillo, como una gran rueda de molino, de ramas cercadas y espesas, con que está seguro; á otros queman y la ceniza entierran, uso antiquísimo en el mundo. El luto que se ponen es: las indias, por su marido, hijo ó padre, hermano, sobre grandes aullidos, se pela(n) todo el colodrillo con las manos, arrancándose el cabello hasta cerca de la coronilla, que queda muy liso; lo demás de la cabeza cortan el cabello como cuando lo quita el barbero sobre peine; y sentadas en cuclillas, juntas las manos, se dejan caer en el suelo, dándose porrazos, que, viéndolos, (se) juzgara que del dolor se les quebrara la hiel en el cuerpo. Lo mismo hacen los varones, menos el pelarse el colodrillo: todo ello es una demostración ridícula.

CAPITULO XIV

DE LA CRUELDAD QUE ESTA GENTE TIENE,
UNOS CON OTROS, ENTRE SÍ.

Unas de las mayores virtudes que hay en (sic) la piedad y la misericordia, se hanpreciado todos los hombres justos, porque, como toda la justicia sea (a)tributo de Dios y este poderoso sér se ha dignado siempre de ser más misericordioso que ser justiciero, como se ve en diversos lugares de la Escritura Sagrada, pues, cuando más ofendido está del hombre, llenándole con beneficios, que con el menor de ellos se pudiera presumir ojepto (sic por objeto) siempre de la adoración y reconocimiento suyo, él, como olvidado y ingrato de ellos, le ofende por diversos modos, provocando su divina justicia; entonces, pues, como Piadosísimo Padre, no usando de ella, busca suaves medios para perdonarle, con palabras, con avisos y señales, dando al tiempo; y visto (sic) su dureza, forzado, si así se puede decir, se ejecuten los castigos. El primero fué en Caín, el cual, después del aviso y amonestaciones, antes y después de la muerte del hermano, por ver si se arrepentía, para usar con él de su divina clemencia, siendo pertinaz, le castigó con muerte. Y cuando el mundo estaba pervertido generalmente, aguardó la enmienda cien años, que tantos duró el edificio de la primer nave, avisando cada día Noé á los hombres incrédulos, lo anegó, escapándose los que con Noé estaban, en quienes halló algún temor. Queriendo destruir y asolar aquellas dos miserables ciudades

de Sodoma y Gomorra, por tantas ofensas como le hacían, pasó por la habitación de Abrajam (sic por Abraham), dióle parte del hecho, ocasionándole á pedir por ellos, porque hasta ese punto tenía atadas las manos á su justicia; y viendo Abrajam tanta clemencia, con mucha sumisión y ruegos, haciendo siempre la salva, le pidió no murieran los justos con los impíos, y desde cincuenta justos bajó hasta diez, y pensando el santo Patriarca que en dos ciudades tan populosas no podía dejar de haber diez justos, cesó en su ruego; y haciendo Dios escrutinio, no halló más que á Lot, su mujer y dos hijas, con que ejecutó su justicia, si bien aquélla por desobediente quedó hecha mojó. Más claramente se ve la fuerza que á Dios hace la divina justicia para los castigos en aquellos que le ofenden sin temor ni vergüenza, en el sagrado libro del Exodo. Cuando está en el monte Sinaí dando leyes á su pueblo, y buscando sus mayores aumentos, ellos, como pérfidos, están pidiendo dioses á quien adorar, como si aquel á quien habían visto hacer tantas maravillas en Egipto y el desierto, por sacarlos del cautiverio y servidumbre en que se hallaban, no fuera el solo digno de adoración; y habiendo salido de la fundación (sic por fundición) de joyas un becerro, lo levantaron en alto, postrándose en tierra, honrándolo como dios, el cual, viendo el sacrilegio que hacían tan en ofensa suya, cuando se podía presumir enviara rayos para que los abrasara, fuego y alquitrán que los consumieran, le dice á Moisés: veo este pueblo que es de dura cerviz; déjame que me enoje con él y lo borre de la tierra, como si dijera: es tanta la misericordia de que estoy lleno, que, aunque veo tantas ofensas, porque me ruegues por este pueblo ingrato, no doy lugar á la ejecución de mi justicia; entonces

Moisés, rogándole por él, le aplacó. Imitando á su Maestro ha habido hombres misericordiosos, (de) que están llenas las historias, que, por no alargarme, dejo.

De aquesa virtud carece la gente de este Reino, estando vestido de maldades y crueldad, usándola en las guerras que tienen, tan horrenda, que ni perdonan sexo, ni edad, ni animal que en la ranchería hallen, comiendo, como está dicho, las carnes de los muertos y bebiéndole la sangre, que parece aprendieron de aquel tirano de Sicilia, Falaris, que hizo un lecho donde por gusto suyo cogía (á) los hombres, y acostándolos en él, si eran mayores, lo que excedían, despedazaba él con los dientes; si faltaba, los hacía descoyuntar hasta que emparejaban, al cual era su deleite buscar modos exquisitos de atormentar. Llamó á Perilo, ateniense, que, por dar gusto al tirano, hizo un toro de metal, donde por una portañuela podía meter (á) un hombre, y cerrada, le daban fuego alrededor, y, á los gritos del miserable, parecía bramar el toro, sin diferencia; en pago de la invención, mandó meter al mísero artífice, y, pegándole fuego, pereció, como asimismo el tirano, andando el tiempo. Cansados sus vasallos de tantas crueldades, lo metieron en él, muriendo á manos de su misma crueldad, porque, según las leyes de la divina justicia, cada uno será atormentado por las mismas cosas en que peca.

Así éstos, preciándose de homicidas (sic por homicidas), no topan india ni indio en el campo, que no maten, envejecidos en aquella bárbara costumbre; por quienes dijo el Apóstol Santiago, que hará con ellos Dios juicio sin misericordia, pues nunca la tuvieron entre su misma gente. Así puede el uno ver al hijo del otro llorando ó muerto de hambre, que, aunque tengan ellos

ó ellas con que remediársela, se lo den, mas áfias perecen; y es tal hábito en ellos, que no pueden con su condición, ni aun siendo cristianos, que bien se experimenta cuán lejos están de la piedad que usaba el Santo Tobías,¹ que gastaba su hacienda en dar limosnas, vistiendo á los desnudos y dando de comer á los hambrientos, recibiendo de Dios, en recompensa, muchos bienes; y aquella viuda de Sarepta, como se cuenta en el libro cuarto de los Reyes,² que, por la limosna y piedad que usó con el Profeta, jamás le faltó la harina de la caja ni aceite de la alcuza. Y así les falta siempre á éstos, como la caridad, la comida, y andan como lobos hambrientos; tampoco usando más caridad con los padres, que si los ven viejos, que ni puedan andar, ni comer, no se mueven á guiarlos, cargarlos ó darles de comer á mano, ó moliéndoselo, si el pobre viejo no lo busca arrastrándose, comiendo lo que los demás desechan, confirmando más el nombre de crueles en tal acto, como, por el contrario, lo adquirió de piadoso Eneas, como cuenta Virgilio,³ cuando sacó cargando en hombros, del medio de las llamas, á su padre Anquises, y á su hijo Ascanio, de la mano; y aun pasando de los hombres á los animales, cuentan los historiadores que las cigüeñas, estando el padre viejo, le buscan de comer y se lo dan, y lo cogen dos juntas en hombros y lo llevan de una parte á otra: ejemplo raro y de confusión para esta gente de este Reino, pues en brutos animales obra la virtud, de que ellos, siendo racionales, carecen, y que tanto luce á los ojos de Dios, pues el honor de los padres sin reverencia y caridad con ellos (sic); el segundo de los

1 Tobías, 1.

2 4 Rey, 17.

3 Eneida, 2.

dos mandamientos en que se reducen los diez del decálogo.

De hospitalidad no usan con sus enfermos, porque si la enfermedad es algo larga, deja la mujer al marido, ó el marido á la mujer, el hijo al padre y el padre al hijo, quedando los miserables dolientes solos, rabiosos y hambrientos, que suele ser causa ésa, más que la enfermedad, de su muerte, causándola (sic por causando) á los sanos la enfermedad, congoja y enfado, habiéndoles parecido gusto y deleite cuando gozaban de salud, por no usar, entre tantos vicios, una siquiera virtud y más bien si el mal es contagioso, que dan bien á entender ser enseñados en la escuela de aquel tirano maestro de la mujer de Job, que lo dejó solo en el muladar, (y) fué huyendo de él por verlo leproso.¹ Eso mismo hace esta desdichada gente, cayendo en todos los males, como el mismo Job dice:² beben como agua; porque, como el agua no tiene gusto ni sabor y se va dejando colar sin sentir, asimismo estos vicios envejecidos, convertidos en naturaleza, se les van entrando por las puertas del alma sin sentir ni echar de ver el sinsabor que algún día les ha de causar; llamando con tantos pecados otros de nuevo, como dijo el Salmista: un mal llama otro mal, un pecado otro y éstos justos la justicia divina;³ oyendo ellos repetir á sus pasados aquella memorable sentencia del Eclesiástico: acuérdate de mi juicio; porque tal será el tuyo: ayer por mí y hoy por ti;⁴ haciéndole pasar por las mismas crueldades, enfermedades, hambres, trabajos y muertes que con otros usaron; cayendo en los mismos lazos que armaron, como aconteció á Aman, Príncipe y privado del Rey

1 Job, 2.

2 Job, 15.

3 Psalmos, 41.

4 Eclesiástico 38.

Ambras

Asuero, como se cuenta en el libro de Esther, al cual ahorcaron en la horca que hizo para Mardoqueo,¹ siendo ellos medidos conforme (sic).

CAPITULO XV

DEL MODO DE PELEAR DE LOS INDIOS DE ESTE REINO, Y SUS ARMAS.

Desde Lamec(h), nieto de Caín, que empezó la malicia á extenderse en el mundo, tuvo principio el origen de las armas. Las primeras que se usaron fueron el arco y las flechas, y ha sido tan extendido su uso, que se ha convertido en naturaleza, pues con esta (sic por consta) que jamás las ha dejado de haber en nación alguna, y en las más remotas y incógnitas que se han descubierto, así en las orientales como en estas occidentales regiones, se ha hallado por experiencia ser ésas las más comunes, con que con el ejercicio hay más diestros flecheros. Hacen el arco del tamaño del que le ha de gobernar, de diferentes géneros de madera, y los mejores y más correosos, según dicen ellos, son de raíz de mezquite; la cuerda es de las hebras que salen de la lechuguilla, tan bien torcida y puesta, que parece hecho (sic por hecha) de una pieza, cual un bordón de una arpa, si bien es del gordor (de) seis ó siete bordones; las flechas son de un carrizo delgado y duro, curado al fuego; en el un extremo, una mosca que encaja en la cuerda, porque no resbale de ella y con ella tenga más fuerza para expelerla, del cual extremo así (sic por hacia) el otro, ponen unas plumas, cuál dos y

1 Esther, 7.

cuál nación tres, unas de cuatro dedos de largo, otras de más y otras de menos, hasta llegar un palmo; éstas, ó están pegadas con un betumen que llaman *saut(De)*, ó amarradas en sus extremidades con unos niervos de venado tan bien puestos, que no hay ruido ni se ve dónde (acaba) la ligadura ó dónde empieza, si no es que lo mojan; al otro extremo de la caña ponen una vara tostada, igual en el tamaño y grosor en almanacate (sic por almalacate) ó huso que tienen los obrajeros cuando hilan; éste entra como cuatro dedos en la caña y, topando en uno de sus nudos, la amarran asimismo con los niervos, que queda tan fuerte y ajustada, que sólo en las materias diferencia; en el extremo de este palo que quedó fuera, hacen una mosca, y en ella ponen una piedra puntiaguda, que es á forma de hierro de lanza, haciendo unos arpones, atrás, que cuando entra en alguna parte, se queda allá la piedra, si topa al salir en algo, ó abre cruel herida; tiene el modelo de la punta de la ancla, que tiene dos lengüetas; ésta, pues, amarran con el niervo ó pegan con *sautle*, y queda, de una ó otra suerte, fuertísima y hace cualquier operación; ésta es de pedernal y algunas hacen de hierro, si lo hallan á las manos; es toda la flecha de largo de media braza del tirador. En el brazo izquierdo, casi desde la muñeca al codo, se ponen de cuero de coyote ó otro animal, una tira que la hace cuatro ó cinco dobleces, amarrada, la cual sirve de defensa al daño que la cuerda, al tirar, podía hacer en el brazo: llámase batidos (sic por bastidor); ó usan también unos pedernales de un palmo, del anchor de dos dedos delgados, al modo de una cuchilla de daga, y de dos filos, pegados con el mismo betumen, en un palo que sirve de hacha para sus ministerios; tráenlos en los dobleces del bastidor, por la banda de arriba, defiéndense con él

y se puede dar una puñalada como con un fierro. Su pelear es: cuando sienten flaqueta (sic por flaqueza) y ellos se hallan con fuerza, no dejan pasar la ocasión, aprietan al enemigo; más si no se hallan tan poderosos, no hay gamos como ellos por los montes, sin reparar en que van desnudos y que todos los géneros de árboles y monte que hay son espinosos; suelen alcanzarlos algunos tan llenos de espinas, que parecen toros garrochados ó llenos de jaras. No se diferencia el coger esta gente en nada al montear las fieras, que hasta en eso se le semejan. Algunos delincuentes se cogen en parte donde no puedan escaparse, por ser llano distante del monte; como saben que los han de ahorcar, pelean desesperados hasta que los más ó todos quedan muertos, que suelen hacer daños matando (á) algunos caballos ó hiriendo (á) algunos soldados antes de morir. Son traidores: si está una compañía parada, aunque haya posta en el real, si es oscura la noche y hay matorralillos ó zanjón grande, suele ir un indio arrastrándose hasta llegar cerca de los compañeros y tira algunas flechas para ver si puede hacer daño, y aunque se albo rota todo, y salen á correrlo á los alrededores, él se está quedo y, en desagüando (sic) todos, se va retirando, como suelen una pipa, á poner en salvo; también lo suelen hacer por matar (á) la guía, como aconteció una vez, junto al cerrito Colorado, á orilla del río de la Pesquería, en la compañía del Sr. Mayor Gacinto (sic por Jacinto) de Sepúlveda, que estando un indio cataara, guía, á un lado de los españoles, durmiendo entre otros indios, habiendo posta, llegó un indio enemigo y, entre los otros, buscó (á) la guía y le dió en un instante dos flechazos, de que murió, levantándose con aquellas ansias, dando gritos, á que se alborotó el real; hízose diligencia, no se

pudo hallar más que el rastro, el día siguiente. Si pelean unos con otros ó dan albazo á alguna ranchería, llegan de golpe y matan á cuantos topan, (no respetando) sexo ni edad, preciándose de esto, y saquean lo que les parece, y los demás que man, y (á) los muertos los (sic por les) desuellan el casco superior de la cabeza, como un palmo, casi alrededor, con cabello y todo, al cual pellejo, por enjugarle y ponerlo en la forma que les parece, le envuelven por la carnaza una piedra hecha ascua, que le consume la humedad, hasta que parece cola de yegua desollada; ponen en un palo como media asta, y tantas llevan, como cabelleras. Tirando vuelta á su ranchería, van pegando fuego al camino, señal de victoria; y cuando van cerca, les responden los que quedaron en guarda de las mujeres con humos iguales; y antes de llegar, como un tiro de arcabuz, se ponen en hilera, cogiendo el primero una de las astas con la cabellera, y las demás llevan á trechos, y unos atrás y otros guiando al delantero, hacen una concertada escaramuza y caracol, y á cada vuelta que da, sale una vieja del monte, que no están donde se vean, muy tiznada de carbón, el cuerpo y los cueros, y con otro embije, (sic), corriendo, y quita la asta del delantero, dando todos un grito, y coge la punta, haciendo la misma vuelta que el indio llevaba, á quien sigue, y sale otra y quita otra asta y hace la misma acción que la primera, y así de los demás. Métenlas allá dentro de su ranchería y descansan; convocan á los parciales y vecinos á mitote y lo celebran en la forma que se declara en su capítulo, salvo que bailan con estas cabelleras en las astas y algunas amarradas al molledo del brazo izquierdo, que es cosa ridícula, cuales son todas las suyas, envueltas en crueldad, vicio péximo y conforme á su autor.

CAPITULO XVI

DEL POCO FRUTO QUE HA HECHO EN ESTA GENTE LA DOCTRINA EN TANTOS AÑOS, Y QUÉ SEA LA CAUSA.

Luego que la sagrada ley evangélica se empezó á promulgar en el mundo, teniéndolo á todo él por contrario y tantos y tan poderosos príncipes por enemigos, y tantos que mandaron hacer tantas persecuciones llenando el cielo de martirios (sic por mártires), y regando el suelo con su bendita sangre, con cuyo riesgo (sic por riesgo), se levantaban cada día millones de plantas que ofrecían á Dios los cuellos en sacrificios, fué siempre y en todos siglos halla(n)do hombres justos, santos y celosos y de buenas vidas, cuyo ejemplo y con su doctrina y predicación, hallando de parte de los gentiles idólatras alguna disposición, mediante al auxilio que Dios con sus poderosas manos les daba, pues sin él no pudieran leyes tan antiguas, de sus antepasados guardadas, desecharlas, y admitir las que se les predicaba y daba (sic por daba) por un hombre que á su parecer había muerto por facineroso; la admitían con muy buena voluntad, porque, como dice Cristo por San Juan: nadie puede venir á mí si no es guiado y traído por mi Padre. Ilustrando estos santos varones su predicación con vida, ejemplo, obrando infinitos milagros y teniendo don de lenguas, como se dice en los actos de los apóstoles, y siendo gente que tenía su adoración y sus ídolos, fué medio fácil, mediante la providencia de Dios, para su reducción, con que se ha

extendido el evangelio de Cristo en tantas gentes, grandísimos y esparcidos reinos, y con tan gran número de santos, que es maravilla.

En este Reino no han faltado los medios necesarios de parte de los cristianos para hacer la conversión, pues, de su principio, á la población empezaron á entrar obreros, y es de creer que, habiendo venido los religiosos de nuestro P. San Francisco á la fundación de esta nueva iglesia y (á) plantar esta nueva viña del Señor, habiendo hecho tantas en todo el mundo y en particular en estas Indias Occidentales, continuándolo, como se ha visto en este Reino, en que habrá pasado [quién le duda] notables trabajos, necesidades y desnudeces. Y no faltando el fomento de nuestro católico Rey [que Dios guarde] en sus estipendios, en la ciudad de Monterrey, como tampoco el de su Lugarteniente, D. Martín de Zavala, Gobernador de este Reino, en las dos villas de su población, sin faltar [haciéndolo á muchas necesidades á su persona] á dar el ordinario y aún al que está obligado tantos años ha, por no hacerlo, á tan santa obra, tendrían de su parte todos los medios eficaces y requisitos necesarios á la predicación; pues el ejemplo que los apostólicos varones primeros de estas Indias les dejaron, se agrega á la obligación que por tantos caminos les corre, de hacerlo; y, aunque es verdad que en tantos años como ha que se empezó á promulgar el evangelio, no hay un indio que se pueda reducir, es cristiano en nombre y obras, teniendo desde entonces hasta ahora los corazones endurecidos, por ordenación divina, como lo tuvo Faraón, según cuenta el sagrado libro del Exodo,¹ cuando Moisés le pidió licencia para el pueblo.

No por eso se ha de decir es de parte de los re-

¹ Exodo, 5.

ligiosos la falta, que si bien es no ha habido en ellos la gracia de hacer milagros, ni el don de lenguas, como lo tuvieron los apóstoles, siendo un propio ministerio el de los unos y los otros, no dejarán de tener loables y probadas costumbres, para que, con su vida y ejemplo [á ser gente menos inculta la que habita esta región], estuvieran ya reducidas al gremio de la Iglesia y fueran dignos de llamarse hijos suyos; mas [qué dolor], por justos y investigables juicios de Dios, no ha habido ningún español lengua en todo este Reino, ni que, siendo natural de él, haya recibido el hábito, quedando los indios en su torpedad, [siendo para sus bellaquerías tan agudos] y de tan pésima naturaleza, que, aunque de chicos se críen en casa de los españoles y con algún religioso, bautizándolos y enseñándolos á ser cristianos y la doctrina, que aprenden con facilidad, enseñándoles la lengua castellana y mexicana, olvidando la nativa, en llegando á edad pupilar, olvidando todos los beneficios que han recibido [que ellos no tienen por tales], se huyen y sirven de inducidos á los otros, que han menester muy poco, á no acudir al servicio de los españoles; negando la obediencia á S. M., que por su conversión gasta sus tesoros y las vidas de sus vasallos; acudiéndolos á que hagan todos los daños que pueden, así en las gentes como en los ganados; acelerando, con esos insultos y delitos, su muerte y la de los convocados; habiendo (sic por haciendo) tantos y tan enorpes (sic por enormes), que provocan á la divina justicia, para que, con las armas de los españoles, y á veces de sus propios compañeros, se borren de la haz de la tierra, como aconteció á los amalecitas por estorbar el paso al pueblo de Dios sin causa.

Y siendo como es la tierra prometida, como di-

jo Cristo: iréis á predicar á todas las gentes; esta miserable, más dura que el diamante, embebecida en pecados, como los fariseos, no queriendo conocer á su Criador y Salvador, por más voces que les dan los predicadores y aún las cosas inanimadas con las mudas lenguas que Dios les dió, con que de día y de noche le están alabando; no levantando la consideración del cielo en que están revolcados; desechando el consejo que les da el Sabio: no tardes de convertirte al sér, ni lo difieras de día en día, porque de repente vendrá su ira á uno es (sic) servido entre ellos su pueblo escogido atende de (sic) publicar su palabra en toda ella, sino que en los lumbreres (sic por lumbralles), como dicen, de la primera puerta, estén hoy como al principio, tan remotos de lo que es cristiandad y religión, hasta que Su Divina Majestad abra camino para (que) esta gente se reduja (sic por reduzca), como tiene de costumbre, dar tiempo para arrepentirse, ó merezcan el castigo conforme á su disposición. Así sucedió á su pueblo que no lo metió en la tierra de promisión, menos de que se cumpliesen las iniquidades de sus amos (sic), como lo tenía prometido á su padre Abrajam, y entonces, con tener tantas ciudades cercadas, tantas torres y tantos ejércitos, facilitó su conquista como si llegaran á su casa; así la ganaron y se repartió, por suertes, por ser hombres de razón, idólatras, que tenían religión; dificultoso en éstos sin su ayuda, por ser incultos y bárbaros, que necesitan, como dice el P. Joseph de Acosta, de fuerza de armas para su reducción, y que en el libro que tiene compuesto en latín, de *Procuranda Indorum Salute*, muestra á qué se han de enseñar los indios de este Reino, primero á ser hombres y después á ser cristianos. Quiera Su Divina Majestad que los veamos reducidos á su

santo servicio, comunicándonos su gracia para que, por mediante á ella, ellos y nosotros vayamos al Paraíso Celestial, donde sin cesar los incumbrados (sic por encumbrados) serafines están cantando santo, santo, amén.

FIN DEL PRIMER DISCURSO.